

Sitges '2017

50 Festival Internacional de Cine Fantástico de Catalunya

XAVIER TORRENTS VALDEIGLESIAS
Enviado especial

*“Para mí el arte del cine es igual que el arte de la pintura. El artista toma un medio en dos dimensiones y le da la ilusión de profundidad”. Así de sencillo. Así de difícil. Hace un tiempo William Friedkin comentaba de esta forma lo que para él significaba el cine. Tomando esta definición que establece el director de *El exorcista* (*The Exorcist*, 1973), lo que acontece a partir de ese punto es una ramificación de sentidos, acepciones y experiencias para todos nosotros en cuanto a qué es el cine y cómo lo vivimos cada uno. ¿La ficción como escapismo y evasión de la realidad? ¿O la ficción como medio para precisamente ahondar más en el tejido social, político, cultural, filosófico y religioso? El cine de fantasía, terror y ciencia ficción suele identificarse más con la primera consideración, pero eso es una aproximación reduccionista, preocupada sólo por el aspecto de la resaca oleosa en la orilla, y no por lo que expira en su interior la turbulencia del agua. El entretenimiento y el arte, el lienzo y la montaña rusa; el error es verlos como esferas separadas, que nunca confluyen. Una de las principales características que aporta siempre el Festival Internacional de Cine Fantástico de Sitges, gracias al gran número de ofertas cinematográficas que presenta, es el de permitirnos observar cuál es la situación del cine de género a nivel actual, así como su tránsito entre el puro entretenimiento y la cinta más de autor y ensayo. En esta 50 edición, correspondiente al 50 aniversario del festival, hemos vuelto a navegar todos nosotros entre esas tesituras, encajes y reflexiones; pero sobre todo, hemos vuelto a disfrutar de un festival donde un gran*



número de espectadores hacen cola día tras día para celebrar el acto de sentarse en la butaca de la sala e imbuirse en la experiencia ceremoniosa de una imagen en movimiento proyectada en una pantalla.

“Nunca entendiste por qué lo hacíamos, ¿no? El público sabe la verdad. El mundo es simple... infeliz. Real, totalmente real. Pero si podías engañarlos un segundo, conseguías que se hicieran preguntas. Y entonces... entonces veías algo muy especial... ¿No sabes qué? ... Esa mirada atónita en sus caras”. (Robert Angier, *El truco final*, Christopher Nolan, 2006).

Como decíamos, este año se trataba por encima de todo de la celebración del 50 aniversario del Festival de Sitges, algo muy esperado durante el pasado año por todos los fans ante lo que podía significar esta conmemoración. Puede que haya sido por las grandes expectativas que se habían generado, así como también por la decepción de que algún que otro film no se haya estrenado finalmente, pero lo cierto es que no ha habido una sensación clara y poderosa de *gran* celebración del 50 aniversario, sino más bien la experiencia de que se ha tratado de una edición más, de un año más. Eso sí, actos y gestiones organizativas ha habido para oficializar la festividad: Guillermo del Toro ha ejercido de padrino de la conmemoración –un patrocinaje, no obstante, más bien simbólico y con poca o casi nula repercusión en el día a día del festival-, se ha recordado el film de culto *The Rocky Horror Picture Show* (Jim Sharman, 1975) invitando a su protagonista Susan Sarandon y otorgándole el Gran Premio Honorífico, se han creado seis exposiciones para poder ver en la ciudad, de las cuales sin embargo realmente sólo dos de ellas se han centrado en el aniversario de los cincuenta años, situadas en el Centre Cultural Miramar, y que ya se habían podido disfrutar en la Filmoteca de Catalunya y en el Cercle Artístic de Barcelona. Por último, de entre todos estos principales actos, destacar también la gala de clausura protagonizada por La Fura del Baus. Pero se ha tratado únicamente de eso, de una serie de actos que han *oficializado* la festividad, cuando quizás las expectativas habían augurado algo mucho más magnánimo. Por ejemplo, era un secreto a voces el anhelo de la organización por tratar de traer *Blade Runner 2049* a esta edición, la cual se estrenaba en España el 6 de octubre, coincidiendo perfectamente con el calendario del festival. La imposibilidad de que finalmente eso ocurriera pareció contagiar el clima general del aniversario, rebajando de esa forma el nivel de celebración muy álgido que parecía quererse buscar en un principio a un nivel más austero y convencional. El festival prometía conmemorar su aniversario con un menú que pasaría a la historia, y desgraciadamente no lo ha hecho.

Ha tenido grandes invitados, eso sí: Guillermo del Toro, a parte de su papel como padrino, también ha inaugurado el festival con su nueva película *La forma del agua* (*The Shape of Water*), ganadora del León de Oro en la 74 edición del Festival de cine de Venecia. Como decíamos, Susan Sarandon ha venido con *The Rocky Horror Picture Show*. El mítico y legendario actor Frank Langella nos ha visitado para recibir otro Gran Premio Honorífico. El cineasta italiano Dario Argento ha acudido a Sitges para conmemorar su clásico *Suspiria* (1977). William Friedkin ha aceptado la invitación del festival y ha venido a celebrar *El exorcista* (1973), recibiendo el Gran Premio Honorífico, y protagonizando siempre anécdotas y situaciones divertidas y encomiables en sus ruedas de prensa y sesiones de preguntas y respuestas con el público. El cineasta de Hong Kong Johnnie To también nos ha visitado en esta 50 edición con su film de culto *The Mission* (1999). Y por otro lado el actor alemán Udo Kier ha recibido el premio Máquina del Temps. Asimismo, se ha podido disfrutar también de la presencia

de Vince Vaughn con su film *Brawl in Cell Block 99* (S. Craig Zahler, 2017) y de Robert Englund (el legendario Freddy Krueger) que presentó *The Skull of Sam*.

El palmarés de esta edición ha vuelto a hacer evidente que el jurado de un festival de cine no acostumbra a premiar a la mejor película, sino a la película que más consenso puede ofrecer para dicho jurado. Es por esa razón que los films de excelente nivel que se han podido disfrutar este año no se han llevado el merecido máximo galardón. La vencedora como mejor película de la sección oficial ha sido *Jupiter's Moon* (Kornél Mundruczó). El premio especial del jurado se lo ha llevado –en este caso sí muy merecidamente– *Thelma* (Joachim Trier). La mejor dirección ha recaído en Coralie Fargeat por el film *Revenge*. La mejor interpretación femenina ha sido para Marsha Timothy, por *Marlina the Murderer in Four Acts* (**Mouly Surya**), mientras que el premio a mejor actor se lo ha llevado con total merecimiento **Rafe Spall** por el film *The Ritual* (**David Bruckner**). El mejor guión ha sido para **Joachim Trier** y **Eskil Vogt** por *Thelma*. Y finalmente, por un lado, el gran premio del público lo ha conseguido el film *Matar a Dios* (**Albert Pintó** y **Caye Casas**), y por otro, el premio de la crítica ha sido ex aequo para *As boas maneiras* (**Juliana Rojas** y **Marco Dutra**) y *The Killing of a Sacred Deer* (**Yorgos Lanthimos**).

Y ahora, como disponemos en cada cobertura anual, pasamos a comentar brevemente los films más destacables, relevantes y, en algunos casos, inolvidables de esta 50 edición del Festival de Sitges:

THE KILLING OF A SACRED DEER (Yorgos Lanthimos):

El cineasta griego Yorgos Lanthimos en sus films como *Canino* (2009) o *Alps* (2011) siempre nos arroja al horror, al dolor, al pus y a la bilis que segrega la herida abierta en el tejido de lo real, de lo verosímil, de lo cotidiano. En esta ocasión el director nos narra una historia que transcurre del retrato familiar, pasando por el drama de un thriller, hasta llegar incluso al cine de terror. Pero en su estilo, claro está. Pocas películas parecidas a *The Killing of a Sacred Deer* habremos tenido la ocasión de ver en nuestra vida. Steven (Colin Farrell) es un cirujano de renombre felizmente casado con Anna (Nicole Kidman), junto con la cual tienen dos hijos: Kim (Raffey Cassidy) y Bob (Sunny Suljic). Al empezar a relatarnos la historia, Lanthimos nos muestra la peculiar amistad que Steven tiene con un extraño joven, Martin (Barry Keoghan), de la

cual, a medida que avanza el metraje, se nos revelará algo sorprendente y terrible: el padre de Martin murió en el quirófano de Steven, y debido a ello, Martin asegura a Steven que él debe asumir un sacrificio; debe sacrificar a un miembro de su familia, o por el contrario todos los miembros menos él morirán poco a poco. La historia en sí es



ya sorprendente, pero es el estilo austero y poéticamente dulce en su construcción de planos que ejerce Lanthimos lo que hilvana una estructura cinematográfica que ahonda en la profundidad de los actores y sus interpretaciones, logrando presentar un lienzo trágico que atraviesa el corazón del público, marcando un destino terrible del que los velos del drama no pueden escapar, cual *fatum* trágico en toda regla. No es tan sólo una de las mejores películas que se han podido ver en el festival, sino claramente uno de los mejores films del año.

A GHOST STORY (David Lowery):

En 2013, David Lowery sorprendió con su film *En un lugar sin ley (Ain't Them Bodies Saints)* al presentar un cine de autor imbuido de intensidad dramática y con una gran capacidad por pincelar una estética visual influenciada claramente por el cine de Terrence Malick. En *A Ghost Story*, Lowery va más allá de esa casilla de juego, y en su formato 4:3 la película es una ventana a una vida que acaba y se sigue extinguiendo en el tiempo, en la eternidad. Pero una extinción que lucha y se resiste, se resiste aun en ocasiones sin saber por qué resiste. Porque esta historia de fantasma es realmente una historia de amor, en la que el personaje de Casey Affleck regresa como fantasma de sábana blanca para seguir observando a su mujer (Rooney Mara). Claramente el aspecto de presentar a un fantasma tapado con la clásica sábana blanca plantea una reacción cómica en



un primer momento. Pero ello sólo dura unos minutos, puesto que lo que se logra con dicho elemento es el de la inmutabilidad, el de un sujeto desposeído de subjetividad, de individualidad, cual gota de agua que cae en la marea y se desvanece. La fotografía y la cámara de *A Ghost Story* siguen la lírica de esas cuestiones: planos fijos que presentan un mundo detenido, un mundo propio —el de Affleck— interrumpido, mientras el mundo real sigue su curso, hacia delante, ¿o es en círculos? ¿Un retorno al yo interno? ¿Un retorno al ciclo de lo que sucedió y que volverá a suceder? Nos cansamos continuamente de etiquetar películas como “poesía en imágenes”, y seguramente acabamos cayendo en la extenuación de dicha etiquetación. Haciendo que dicha expresión pierda su esencia. Pues bien, *A Ghost Story* mantiene dicha esencia en toda su fuerza. Es el equilibrio perfecto entre la más potente rareza fílmica y la más bella narración sobre el amor, la pérdida y la eternidad que todos, en un momento u otro, anhelamos.

THELMA (Joachim Trier):

Thelma tiene un secreto, algo dentro de sí que ni siquiera ella llega a conocer, aunque sí a intuir, sin querer admitirlo. Una especie de conexión con un poder oculto, un poder que puede resultar tremendamente peligroso en caso de desatarse. El director noruego Joachim Trier ha sorprendido en el Festival de Sitges con este excelente film que navega en las aguas de la ciencia ficción de una forma muy poética y personal. Un tono de austeridad hilvanado con un ritmo cinematográfico dulcemente pausado que conforma un retrato muy cercano del sufrimiento y soledad de Thelma. Las interpretaciones de las dos protagonistas femeninas -Eili Harboe en el papel de Thelma y Kaya Wilkins en el de Anja- son excelentes y, junto al notable trabajo de guión, se construye poco a poco un misterioso y oscuro sendero de autoconocimiento psicológico que logra ofrecer una experiencia fresca y original al espectador, manteniéndolo anclado a la butaca, emocionado y conmovido por una terrible historia humana.



HOUNDS OF LOVE (Ben Young): Seguramente la película más desagradable que se ha podido ver en esta 50 edición. Ben Young escribe y dirige un film que pone a prueba la resistencia del espectador y de su mirada. Basada en hechos reales, la historia se centra en Vicki (Ashleigh Cummings), una joven adolescente que es secuestrada por Evelyn (Emma Booth) y John (Stephen Curry), una pareja de captores que sufre de grandes y peligrosos desequilibrios. A partir de ahí, Young juega con las expectativas del público, haciéndolo partícipe al dejarnos creer que ya estamos experimentados en el género de secuestros y que, por tanto, podemos anticipar lo que va a ir aconteciendo. Pero nada de eso. *Hounds of Love* hace saltar por los aires las expectativas y la corrección formal y dramática, y nos acaba situando en el epicentro del horror y del sufrimiento. Ciento ocho minutos en los que no podemos dejar de pasarlo verdaderamente mal, e incluso en un ritmo *in crescendo*, que termina alcanzando cotas de infarto para con la resistencia del público. La crudeza y cercanía de los primeros planos perfilan la cámara del film como un testimonio atroz y terrenal para pincelar un infierno en vida, un terror demasiado verosímil, que acaba por agarrarse a nuestros corazones y arrojarnos al lado más tenebroso de la condición humana.



LES AFFAMÉS (Robin Aubert): El cineasta canadiense Robin Aubert es capaz de forjar y unificar el género de zombis con un cine de tono *indie* y de autor, para crear una experiencia única y renovada en cuanto a las películas de muertos vivientes a las que ya estamos más que acostumbradísimos. La trama no es necesario destriparla demasiado: una infección provoca que la mayoría de seres humanos se conviertan en zombis que persiguen a los supervivientes, los cuales intentarán sobrevivir a toda costa. Lo hemos visto mil veces, ¿cierto? Sin embargo, la templanza y la delicadeza con la que Aubert entreteje su lienzo cinematográfico convierten a *Les affamés* en una inolvidable lírica que sabe trabajar el tiempo cinematográfico para encontrar contenido de elevada intensidad en los silencios más prolongados, componiendo drama y tensión

escénica en el más suave sonido del viento, y al mismo tiempo logra hacer eclosionar el horror más real y cercano con una cámara que se deja arrastrar por un huracán en su estilo y forma, fundamentando el alma terrorífica de los muertos no muertos. Aubert firma una de las mejores películas que se han podido ver este año en el festival, capaz de crear una historia de profundo horror y al mismo tiempo otorgar una pura humanidad a sus personajes, que expira belleza y armonía a cada fotograma.

BRAWL IN CELL BLOCK 99 (S. Craig Zahler): Esta ha sido la película que más aplausos festivaleros ha despertado en esta 50 edición de Sitges. S. Craig Zahler ya sorprendió y cautivó hace dos años con *Bone Tomahawk*, pero está claro que ahora se ha superado. Bradley (un excelente Vince Vaughn), para poder salvar su matrimonio, se ve obligado a volver a trabajar con su antiguo jefe y traficante de drogas, lo que le acabará conduciendo de nuevo a prisión. Pero este nuevo encarcelamiento se verá trastocado por una amenaza a su familia, ante lo cual nuestro protagonista no tendrá otro remedio que cumplir las exigencias de sus enemigos, las cuales le llevarán por un terrible derrotero de violencia, sangre y muerte destructiva. Craig Zahler parece en un primer momento tejer una clásica trama de film de género carcelario, pero, tal como hizo en *Bone Tomahawk* —donde en los dos primeros actos del film dio la impresión de estar construyendo un clásico western oscuro y dramático, para luego en el tercer acto convertirse todo ello en algo atroz y cárnico—, también en *Brawl in Cell Block 99* el cineasta norteamericano da un agresivo golpe de volante en el tono de la película y hace saltar al espectador dentro de un profundo abismo de violencia feroz, misera e inhumana que acaba ofreciendo un emocionante espectáculo cinematográfico atroz y temiblemente visceral; animalmente visceral. No apta para corazones delicados.

SWEET VIRGINIA (Jamie M. Dagg): Si uno leía la sinopsis que la guía del festival ofrecía sobre este film, podía encontrar cómo la definían en tanto a western con toques de cine *noir*. Pues ciertamente no iban nada desencaminados. Un abanico de personajes, donde ninguno es claramente un protagonista por encima de otros, erigen un retrato austero y tosco de una pequeña localidad de Alaska, donde un violento y sangriento homicidio provocará que sus vidas se vean cruzadas e interconectadas en una debacle de trágicas consecuencias. Un drama que en su emocionalidad deviene thriller, el cual en su intriga y suspense pasa a ser un sombrío *pulp* de corte casi western; todo ello orquestado por una dirección cruda y directa, donde el aspecto humano de cada uno de los personajes es el faro que orienta cada una de las decisiones de cámara y montaje. Un montaje que



busca componer un ritmo inquietante que atrape al público y lo haga partícipe de una historia sobre el rencor, sobre el dolor, sobre el olvido y la desesperación, sobre el odio y el amor, pero sobre todo una excelente historia sobre cómo el corazón humano solamente puede ser derrotado cuando él mismo se da por vencido.

LA VILLANA (Jung Byung-Gil): El film coreano del año. El film de acción del año. Jung Byung-Gil construye un edificio cinematográfico en pro de la máxima espectacularidad visual, que ofrezca una experiencia de alto voltaje para el público, casi sin ningún momento para poder pestañear. La historia de la asesina Sook-Hee (Ok-bin Kim) es una historia sobre traiciones y muertes, sobre amor y familia, pero sobre todo es una base que sirve como excusa para edificar toda una estructura de violencia, acción y secuencias imposibles. Los efectos especiales y digitales en *La villana* crean una sinfonía visual sin parangón que inyecta adrenalina en las retinas de los espectadores, componiendo coreografías de aplaudidos resultados, como son por ejemplo la espectacular secuencia inicial (casi toda con cámara en primera persona) y asimismo la emocionante persecución final y posterior pelea en el autobús. Desgraciadamente hay que admitir que, al apostar y hacer tanto hincapié en el dinamismo y espectacularidad de la acción, la película termina por tener una historia muy pobre, con unos personajes poco trabajados y un drama demasiado trillado. Aun así, una de las experiencias más divertidas y entretenidas que hemos podido disfrutar este año.

THE RITUAL (David Bruckner): El director norteamericano David Bruckner nos ha traído una de las sorpresas del festival. *The Ritual* es una película cuya trama hemos podido ver en miles de anteriores ocasiones en innumerables films, pero la clave de esta vez es que la cinta hace lo que se ha hecho antes pero con una imponente calidad en su fotografía, dirección, guión e interpretaciones que roza la excelencia. Tras la

trágica muerte de un amigo, sus compañeros deciden hacer una ruta de senderismo por los montes de Suecia, para rendirle homenaje. Debido a una complicación, se ven obligados a tener que adentrarse en un frondoso bosque, dentro del cual se encontrarán con una presencia misteriosa, amenazante y sedienta de sangre. Este film podría haber sido uno más en la colección de género de terror, pero se convierte en una pieza para recordar gracias a una dirección impoluta, que construye una magnífica atmósfera que baila constantemente entre la vigilia y la pesadilla, entre la luz y la oscuridad. Asimismo, el guión es crudo, directo y sin complicaciones que puedan crear agujeros en su fundamentación o estructura, lo cual determina un arco narrativo perfectamente orquestado y cohesionado para los protagonistas, haciendo que el espectador no sólo disfrute del film, sino que pueda empatizar con la humanidad y verosimilitud que transmiten sus personajes. Y por último, dichos personajes están espléndidamente interpretados, destacando por encima de todo al protagonista Rafe Spall, con un trabajo profundamente tormentoso, y emotivamente humano en todas sus formas, gracias al cual se pincela con excelencia un film que deja en un listón muy alto el género de terror.



“El terror es como una serpiente, siempre mudando su piel, siempre cambiando. Y siempre regresará. No puede esconderse como los secretos culpables que tratamos de mantener en nuestro subconsciente”. (Dario Argento)

Ha sido este 50 Festival de cine de Sitges una nueva celebración del cine entendido como ceremonia en una sala de proyección, una nueva celebración de la ilusión y motivación del público por ver películas en dicho ámbito, y una conmemoración de un festival que año tras año ha tratado de acercar a los espectadores el retrato de cómo siguen respirando y palpitando las producciones cinematográficas de terror, fantasía y ciencia ficción. Sitges 2017 merecía un aniversario mucho más magnánimo y no ha sido así; Sitges 2017 ha vuelto a optar por dar una oferta centrada en la cantidad (255 películas en total), y no tan preocupada por la calidad de sus films, ante lo cual, tal como hacemos cada año, volvemos a reflexionar sobre si verdaderamente es necesario ese anhelo de querer abarcar una oferta tan amplia de películas, en vez de centrarse en una propuesta mucho menor pero que asegure el abanico de calidad cinematográfica que se va a ofrecer al público. Es una reflexión, simplemente eso; el tiempo nos dirá cuánta razón hay en ella, y asimismo nos traerá más matices para valorar dentro de su evolución y entretejido. De momento, despedimos esta última edición y quedamos a la espera de la próxima, hambrientos como siempre de más y más y más cine.